

M A R G I N A L I A

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

IGLESIAS INCOMPLETAS

La iglesia de Montserrat siempre ha sido una iglesia torricoja. Parece que faltó dinero para hacer la segunda torre, y siempre lo siguió faltando, con esa arbitrariedad del dinero que acude á hacer otras iglesias, pero no restaura las que lo necesitan.

Sólo en el plano se quedó esterilizada la otra torre que completaba esa imploración de los dos brazos con que las torres parejas se dirigen al cielo. Torrimanca sólo una torre implora y señala, sosteniendo la vigilancia de las campanas.

La suerte de esa iglesia hubiera sido otra de tener las dos torres; pero ha ladeado su destino el no te-



La nueva iglesia de la calle Fuencarral

ner sino una. Una indiferencia especial ha mantenido al margen de la puntualidad esta iglesia, como sin virtudes ó milagrería suficiente al carecer de su segunda torre para la que los cimientos no tuvieron ni jugo ni arraigo.

El pobre arquitecto se fué al otro mundo con la pesadilla de esa torre cuyo malagorero no brotar evitó un juicio definitivo sobre su obra.

Pero el caso es que cuando aún nos entristecía la iglesia torrituerta de la calle de San Bernardo, surge una iglesia nueva torrifalta de nacimiento, porque en los mismos planos no se la ha dotado más que de una torre, sin pensar en ese suplicio arquitectónico que hará que esté esperando siempre la otra, para equilibrarse y para que se desperce el lirismo contenido en su exaltación religiosa.

Es un abuso el de los arquitectos que prometen ó necesitan otra torre y aparecen con esa desigualdad de su silueta y creyendo que no nota nadie la mutilación de su proyecto.

Todos nos quedamos un poco incompletos frente á estas iglesias, porque hay que tener en cuenta que se reproducen en nuestras miradas con su defecto y su tara.

La iglesia de Montserrat en la calle Ancha

EL VIEJO ALEGRE

La sensación que da Pirandello en su reflejo sobre la pantalla del mundo, es la de un viejo alegre que se divierte sin parar asistiendo á todo sitio en que hay diálogo y las actrices de la vida retocan constantemente sus bocas como pintoras inspiradas.

Parece Pirandello un bibliotecario que al que ya viejo ha tocado un primer premio de la lotería y huye de su biblioteca hacia los *cabarets* del mundo.

Busca reflejos de humorismo en todos los rostros y mira sonriente todo lo que se encuentra por el mundo para llevárselo después á casa, donde lo mezcla con problemas y conflictos y lo dialoga todo con decisión de hombre muy entrenado en las mesitas preparadas para que cenén dos ó cuatro personas, junto á una candileja que siempre tiene el enchufe flojo é intermitente.

Pirandello es el cajero de la vida que rico sin haber tenido que robar para serlo, deja la caja en que guardó los valores serios durante cincuenta años y se lanza tranquilo y despejado de conciencia á la francachela en que siempre encuentra una lección y una ironía.

TRIPERÍAS Y TENERÍAS

La tripería se establece en un gran portalón. Busca las proximidades de los mataderos, es decir, esos andurriales que en los mapas demográficos están todos manchados de negro, porque es donde más tanto por ciento de población muere. Yo, si me tuviese que mudar á una de esas casas, me mudaría, á lo más, muy á fin de año, cuando estuviese muy vencido e tanto por ciento.

La tripería no es una tienda elegante, verdad es; pero debe tener su importancia y ser necesaria á mucha gente que necesita su especialidad.

Me es grato encontrarme con la tripería cuando voy buscando el sabor de la realidad, porque la tripería tiene un fehaciente sabor real, y tiene algo de bazar con los más toscos y ordinarios globos de niños, los globos abyectos y primitivos, pero que muy en el fondo tienen algo de globos de niños.

Algo hay también en la tripería de hangar, y en su techumbre hay como una propensión á vuelos sanchopancescos.

Un aire de brevedad que refresca la vista tiene ese conjunto de vejigas henchidas, transparentes aún y como conteniendo el alma del difunto.

Ese portalón, que de otro modo hubiera servido de cochera y hubiera estado lleno de los pesados aprestos de las cocheras, tiene conglomeradas las almas



de la matanza, y está satisfecho de lucir los forros para las morcillas, las fundas para los chorizos y las faltriqueras para la manteca.

Las tenerías se encuentran también por los barrios bajos sin alejarse mucho, y eso que las moscardas que de ellas se escapan pueden muy bien contagiar de feas y malas enfermedades.

«Las tenerías», «las tenerías viejas», «el barrio de las tenerías», eran palabras que se oían antes con mucha frecuencia en toda población castellana.



La última fotografía de Pirandello en Praga, rodeado de Marta Alba, el doctor Iriña (en pie), y de Guido Salvini (Fots. Cortés)

En Segovia aun vive fresca, sangrante, maloliente, con sus desagües al río, por los que cae en chorretes negros el último rescoldo de la sangre de las víctimas despellegadas.

En Madrid, muy en medio de la población, quedan aún de esas casas desparradas que sorprenden como casas de vecindad sin muros por causa de un incendio. ¡Qué chasco deben dar á los que van buscando casa en que mudarse!

Esas casas inutilizadas, sin otra vecindad que la de la portera y con los balcones siempre abiertos en plena y deseosa ventilación, muestran sus pieles negras, arrugadas, en una actitud crucificada. Penden de las vigas que cruzan los largos salones desguarnecidos como murciélagos en banderola.

Las gentes que viven en los alrededores parecen contagiadas del escorbuto y de otras enfermedades tan negras.

La casa de las tenerías parece también sólo la piel de una casa; es decir, lo que resta de una casa á la que han arrancado los intestinos y todo. La casa de la tenería si dejase de tener pieles en curación, no podría servir más que para tender ropa y ser el palacio soñado por la lavandera.

La tenería tiene una cosa macabra, de ser el predio del terrible desollador que la da caracteres sombríos.

Parece que el cruel cazador y el que caza gatos en la noche y el mata perros se han reunido en sociedad comanditaria y traen aquí su botín desnudándolo de la vestimenta de su piel.

Torvo siempre el trasluz de la tenería, nos acaba por sugerir la idea de la casa de las alimañas, las alimañas ajusticiadas en cuya piel tendida hay aún un resto de vida felina.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor)

